



## **Re-cordar: volver a pasar por el corazón**

Era la última noche del mes de mayo, La Magdalena se disponía a dormir, sabía que en la mañana siguiente tendría que escribir un texto en el que hablaba de aquellas frases dichas por mujeres que le fueron significativas en la vida.

—Con esta pandemia no puedo salir a visitar a mi madre, a mi abuela, a mis amigas para conversar y reír como nos gusta... — pensaba mientras se acomodaba en la cama.

La Magdalena no contaba con que en sus sueños aparecerían algunas de esas mujeres, una a una para hacerle recordar (re-cordar, volver a pasar por el corazón) aquellas frases que entintaron de manera profunda su mirada ante la vida.

En aquel sueño extraño, ella estaba sentada cerca de un árbol frondoso y lleno de ramas, alrededor del árbol brotaban enormes y brillantes raíces, de pronto enfrente de La Magdalena apareció Lala

—¡Mamá Lala, bisabuelita tanto tiempo sin verte! — Lala tenía varios años de fallecida, sin embargo, en el sueño de La Magdalena parecía que el tiempo no hubiese pasado. Lala era una mujer con una mirada profunda y por momentos desafiante, su boca rotulaba de manera única sus emociones, indicando cuando estaba enojada, alegre o estaba siendo irónica. Su voz y presencia eran de liderazgo en la comunidad, a través de su religión: el catolicismo, convocaba a muchas mujeres a dialogar en torno a las enseñanzas católicas de San Francisco de Asís, en esos cursos Lala (mejor conocida como mamá Lala), tomaba la palabra, explicaba los textos, conversaba y cantaba con las mujeres.

—Mamá Lala, en mi memoria tengo muchas de las canciones que cantaba contigo en la iglesia, ahora no práctico el catolicismo, pero, te agradezco mucho todo lo que me enseñaste a través de tus acciones, cantos y palabras, me



transmitiste valores humanos fundamentales como la compasión, la autoconciencia, así como dar autoridad a la palabra de las mujeres y también la gratitud al recibir los alimentos.

Eulalia siempre oraba antes de la comida —Ave María Purísima, gracias a Dios por los alimentos que recibimos, gracias a las manos que dieron el sustento y a las manos que prepararon los alimentos- rezaba con fervor.

—Qué lujo aprender de ti a reconocer el trabajo y la autoridad de las mujeres- le dijo La Magdalena, mientras unas brillantes lágrimas llenas de gratitud resbalaban por sus mejillas, Lala la miró con ternura y sonrió con su particular boca para después desaparecer.

La Magdalena se dio cuenta que ya no estaba su mamá Lala y se sintió embargada de nostalgia, de pronto escuchó:

—Yo también la extraño, ¡no sabes cuánto!, era mi madre-

— ¡Abuelita Ester! - exclamó La Magdalena —Me siento afortunada de ser tu nieta, eres una de las personas más importantes en mi vida, no quiero dejar de verte nunca-

Ester, es una mujer de cabello blanco y rizado, con unos ojos que emanan ternura y dulzura, enmarcados en unos prominentes pómulos. Su piel es morena, tersa y desprende una calidez única, ella acaricia con una mezcla de fuerza y delicadeza. Cuando La Magdalena era niña pensaba que su abuelita era una Santa como las que veía en la iglesia, pero cuando fue creciendo se dio cuenta con mucha tristeza de las diversas formas de violencia que había vivido, lo que nunca cambió fue la admiración, amor y gratitud hacia ella.

—Cuando entres por primera vez a una iglesia pide un deseo a Dios, él siempre te escucha- decía Ester



Durante la niñez La Magdalena se congregó a las palabras y enseñanzas de su abuela (su madre Maricela no era tan creyente), La Magdalena incluso llegó a pensar:

—¿Y sí de grande soy monja? Sería una forma de casarme con Dios-

Ester y La Magdalena oraban, cantaban y platicaban juntas, muchas de esas enseñanzas funcionaron como ataduras, otras como autoconciencia y sabiduría.

—Abuelita querida- le dijo La Magdalena en su sueño —Abuelita me dijiste que era necesario agradecer a Dios por lo bueno, contigo aprendí que era importante la empatía, también conocí por tí la sensación hermosa de la esperanza. Durante algún tiempo me negué rotundamente a creer en aquello que me enseñaste, mi deformación en la universidad indicaba que eso no era científico y por lo tanto no era válido. Hoy recupero todo lo bello que me enseñaste, quizá no desde el catolicismo, pero sí desde la espiritualidad, honro tu digna vida abuelita. Tus palabras llenas de amor, ternura y confianza hacia mí, me hicieron tratar de estar a la altura de tu bondad-

La Magdalena y Ester se abrazaron en ese sueño como siempre y como nunca, fue algo mágico, cuando se separaron Ester había desaparecido y a quien La Magdalena tenía enfrente era a Maricela: su madre.

Maricela es una mujer fuerte, inteligente sensible y muy creativa, escucha más de lo que habla, amorosa más en acciones que en palabras, La Magdalena la había visto llorar pocas veces, Mari (como le dicen todos), cuenta que cuando era niña y veía llorar a su madre Ester no le gustaba, quizá de ahí su rechazo al llanto.



A Maricela le gusta abrazar a los árboles, así que juntas decidieron rodear el árbol y danzar juntas (muchos años tomaron y dieron clases de Hula), de pronto el tronco se llenó de imágenes con las más bellas experiencias que vivieron juntas.

—¡Mira, cuando eras muy pequeñita y te bañaba! - dijo Maricela.

—¡Mira, cuando me enseñaste a leer y a escribir mamá! - dijo La Magdalena.

—¡Mira, cuando ahorraste dinero con mi papá para llevarnos a Acapulco!- dijo La Magdalena

—¡Mira, cuando viajamos la última vez a Chiapas!- dijo Maricela

De pronto La Magdaleba empezó a sentir que las palabras que su madre Maricela le había dicho a lo largo de la vida, sonaban como un eco en forma de decálogo:

— Las mujeres no somos enemigas.

—Se pueden hacer cosas maravillosas sin grandes presupuestos.

—Es importante observar-escuchar, no sólo hablar.

—Si te percatas que las personas son abusivas con alguien, nunca hagas lo mismo, al contrario, busca ayudar.

—Trata de esforzarte por hacer las cosas bien y nunca dejarlas a la mitad.

—Hay muchas maneras de demostrar el amor. No sólo a través de las palabras.

—En la familia todos los integrantes son importantes.

—Ser estudiante y tener mucha tarea no es pretexto para no hacerte cargo de tu cuidado personal, sólo hay que saberse organizar.

—Tener la piel un poco más clara que el promedio no hace a la gente merecedora de tratos especiales, o de ser reconocidos como particularmente bellos.

—El esfuerzo y compromiso son importantes, “si las cosas fueran fáciles cualquiera las haría”.

La Magdalena abrazó a su madre con gratitud y amor profundo, ambas miraron hacia arriba al escuchar algunas risas. Eran Nayeli y Yoalli (hermanas de La Magdalena e hijas de Maricela), ambas estaban en las ramas del árbol.



— Nosotras también escuchamos ese eco- dijeron Nayeli y Brenda.  
Bajaron de las ramas, ellas y también otras mujeres: Andrea, Sofía, Cesia, Leonarda, Guadalupe, Gloria, Mónica, tías, primas y amigas, conversaron, rieron, bailaron, cantaron y jugaron alrededor del árbol.

Durante la pandemia aquel sueño permitió re-cordar, fue algo mágico para La Magdalena. Fue la magia de las mujeres.

La Magdalena